

deseo de leer? No parecerán á muchos apelmazadas é indigestas las novelas, acostumbrados á la ligereza y superficialidad de los libros franceses? Pues sepan que esto mismo que ahora les parece soñoliento y pesado, era la delicia y esparcimiento de sus abuelos cuando estudiaban las ciencias en macizos y descomunales infólíos, hartos de citas, casos, cabilaciones y macarrónicos latines, en aquellos tiempos en que la enseñanza estaba reñida con el deleite. ¿Cómo no parecer sabroso, claro, llano, leve y aéreo el *Guzman de Alfarache*, por ejemplo, á quien dejaba á un lado la suma de santo Tomás, ó algun escoliador indigesto y abrumante del Digesto y las Pandectas? La mayor parte de nuestras percepciones y todos nuestros gustos dimanen de la comparacion; el hombre de elevada estatura parecerá pequeño al lado de un gigante. No juzguemos pues con precipitacion estos libros; si hallamos en ellos algo que no conforma con nuestros gustos, no lo condenemos sin un maduro exámen. Recapacítense, antes de aventurar el juicio, en qué pudo consistir que fuesen algun tiempo la delicia de pueblos tan inteligentes y de espíritu tan cultivado como los occidentales de Europa. No solamente los españoles; los italianos, franceses, ingleses y alemanes encontraban solaz y entretenimiento dulcísimo en estas novelas en que hoy pocos le hallan. ¿Tendremos la arrogante pretension de que nuestro sentir valga mas que el suyo? ¿Serian los europeos de aquella edad unos insensatos en admirar estas obras, y los que ahora se cansan de ellas los sabios y entendidos, ó vice versa aquellos los sabios, y estos los insensatos? Ni unos ni otros. Toda la diferencia de nuestros juicios consiste en que aquellos y nosotros estamos de distinto modo preparados á su lectura.

Para encontrar atractivo en la de escritos de ingenios que agradaron en otra edad distinta de la nuestra, es necesario prescindir por un momento de nuestras ideas, preocupaciones y gustos, de nuestro modo de vivir; en una palabra, trasportarnos en espíritu al tiempo de los autores. La literatura de un siglo es su mas claro espejo; los novelistas los mas fieles intérpretes de las ideas, costumbres, adelantos y aun extravagancias de sus contemporáneos: por eso el interés de los escritos se pierde á medida que los años traen ideas y costumbres diferentes. Mal juez es el lector superficial de lo que no pasa ante sus ojos; es injusto en demasia, atribuyendo con desden al autor el extraño gusto y los errores que no eran privativamente suyos sino de su tiempo. De aquí dimana el que se canse y bostece tal vez en los mismos pasajes con que sus abuelos se entusiasmaban, dejando el libro para batir las palmas con aplauso. Prescindamos pues del mundo en que vivimos para que lleguen á deleitarnos las obras antiguas.

Si el lector al coger el libro se impregna de un pensamiento filosófico; si hace esfuerzos para trasladarse un momento á la sociedad de los hombres en cuya compañía vivió el autor; si la curiosidad le lleva á investigar las causas de por qué aquellos encontraban recreo en los mismos pasajes que ahora causan á sus sentidos opuesta impresion, y de aquí procede á comparar los gustos de ahora con los de entonces, las costumbres pasadas con las presentes; si de esta comparacion saca en limpio lo que ha ganado la sociedad en ciertos puntos y lo que ha perdido en otros; si aprende multitud de curiosidades del método de vida que entonces se hacia, que no solo satisfacen su deseo de saber, sino que le enteran de cómo la sociedad se transforma; si se atempera á pensar como los pasados, para conferir estos pensamientos con los que ahora le ha imbuido la educacion y el siglo; y por último, si al ver que un hombre, que en el suyo pasó por ingenio privilegiado, desbarra en ciertas materias, —comprende el lector la ventaja de haber nacido en mas ilustrados tiempos que le ponen á él quizá con menos talento é instruccion en el caso de corregirle. Es indudable que ha de hallar un irresistible encanto en estas lecturas, que sin tal preparacion debian causarle desabrimiento y fastidio. Por nosotros dirémos que con este método de leer nos han ofrecido mas gusto é instruccion que todas las fútiles novelas galicanas, que en su original sirven de poco, y traducidas nos roban y asesinan la hermosa y rotunda lengua castellana, elevada á su perfeccion por los Garcilaso y Herreras, por los Granadas y Cervantes.

Hé aqui otra ventaja de los discursos entretenidos que se presentan en este volumen: su estilo no es siempre puro, porque la plaga del culteranismo y la pedanteria estropeaban ya con frecuencia los mejores pensamientos; mas su lenguaje es siempre hermoso, propio y castizamente castellano.

Procurar la conservacion de una lengua de prendas tan relevantes y tan bárbaramente ultrajada y desfigurada por pésimos traductores y escritores de poco saber, seria por sí solo bastante para que mereciese bien de las letras el que dedica su esmero en dar reimpresas estas obras, aunque de tanta tarea no resultasen otros beneficios.

EUSTAQUIO FERNANDEZ DE NAVARRETE.

## EL CURIOSO

# Y SABIO ALEJANDRO,

FISCAL DE VIDAS AJENAS,

ESCRITO

POR ALONSO JERONIMO DE SALAS BARBADILLO.

Son las grandes cortes epílogo confuso de prodigios raros, que por ser tan frecuentes á los ojos y á los oídos, los unos, ya que del todo no la quitan, templan la admiracion de los otros. De aquí se sigue ser la mayor aquella que nace de la singularidad de no hallar en qué admirarse; pero los ingenios especulativos, que deteniéndose poco en la contemplacion de estas obras exteriores y visibles, pasan á ser espías curiosas de los corazones y ánimos humanos, estos traen las potencias del alma en tan continuo ejercicio, que jamás conoció en ellos la suspension ociosidad; son estudiantes peregrinos, su universidad es todo el mundo, su librería tan copiosa, que cualquiera hombre es para ellos un libro, cada accion un capítulo, el menor movimiento de semblante un compendioso discurso; pero porque está concedido á muy pocos el aprender discurrendo por sí mismos, y por el contrario, se les permite á muchos que se hagan sabios con lo que los otros discurren y notaron, Alejandro, caballero rico y docto en las que gozan el título de buenas letras, residente en la corte de España, y que se habia hecho varon eminentísimo en ella en esta singular studiosidad del conocimiento de los afectos y pasiones humanas, no quiso defraudar á la posteridad del beneficio de sus curiosísimas observaciones. Parte de este cuidado encomendó al pincel, y parte á la pluma; á él debemos retratos fieles de los semblantes de aquellos que ocuparon su especulacion, y á ella breves epitomes de las vidas de sus originales. Adornaban estos las piezas de un cuarto bajo, que confinaban con un jardin amenísimo. De cada retrato pendia en una tabla escrito el epitome ingenioso y sutil, con mas erudicion que malicia, porque aun esta, de malicia sospechosa, se pasaba á ser advertencia utilísima. No profanaban este lugar vulgares talentos, porque su dueño era muy celoso de

la honra de su ingenio, singularísimo por estas singularidades. Temia yo esta cuanto justa rigurosa ley, por ser en ella tan comprendido; mas ¿qué no vence el arte, y cuál arte se esconde á un afectuoso deseo? La ardiente codicia de mi curiosidad me hizo ingenioso; ofrecíme por su amigo con una simplicidad exterior, tan simulada y aparente, que vencí á la astucia con la astucia. Jamás pudo penetrar en mí si me conducía á su amistad otro fin que estuviera fuera de ella misma; siempre me juzgaba todo dentro de su aplauso, veneracion y culto. Era su vanidad de las mas descolladas y gentiles, comun crimen de las bellezas y de los ingenios; sitiéla con las lisonjas mas serviles como aléves, mas tan desmentidas de sí mismas, que las creyó verdades. Rindióse al fin, y á no muy largo asedio, porque como era la batería dulce y tan continua, ella me hizo á priesa dueño tirano del que se juzgaba mi superior, tanto, que me ofreció, sin pedírsela, de aquellos venerados retretes la entrada y la asistencia siempre que la quisiese y por todo el tiempo que yo gustase: fineza que antes ni despues no se la mereció otro alguno. Yo te confieso, amigo lector, que sentí entonces derramárseme por todo el ánimo un dulcísimo deleite de vanagloria, porque nunca habia creído, segun mi comun y vulgar estilo de vivir, que tuviera tanto caudal de artificio y simulacion constante. Acreditéme para conmigo, porque me hallé ser para mas de lo que pensaba; al contrario les sucede á otros, que se experimentan mucho menos de aquello que se presumieron. Satisface con pródigos agradecimientos á tan generosa confianza; recibí la preciosa llave, y pasé con gozo, aunque no sin respeto, aquellos defendidos umbrales. Apenas puse los piés en ellos, cuando volviendo los ojos á la mano siniestra, me acometió, sin permitirme defensa, un gran tropel de carcajadas vio-

lentas, que para darlas garrote y ahogaras tuve necesidad de una y otra repetida mordedura de pañuelo, narigudo y limpion. Salióme inútil esta diligencia, porque se me fué desenfadando el gozo, tan insolente y descarado, que di las risadas mas inteligibles, tan inteligibles, tanto, tanto, que parecieron risadas castellanas, no cultas; y aunque procuré recogerlas y retirarlas, ellas travesaron largo tiempo mas juguetonas

de lo que yo quisiera. Ocasiónó este regocijado bullicio el retrato de un hombre monstruo, singularísimo por lo disforme de su vientre. Decia el título de arriba: *Panza dichosa*. Crecieron mas mi codicia estas novedades, y aplicando con ansia curiosa, y no del todo libre de malicia, los ojos al epitome, hallé que decia así:

## VIDA DEL MALVADO VARON

Á QUIÉN EL VULGO DIÓ EL NOMBRE DE PANZA DICHOSA.

ESCRÍBESE PARA SER OIDA, NO IMITADA.

Este que ves ¡oh lector curioso! fué un bárbaro idólatra de su vientre, vivió para comer, no comió para vivir; en él hallarás el archigloton de España y una langosta racional y discursiva; este hizo que los años mas fecundos y pródigos pareciesen estériles y mezquinos. Su patria ó madre fué la que hoy lo es de todo el orbe, Madrid, aquella tan portentosa, tan singular, que ya sean en buena y en mala parte, no se contenta con menos que con ser madre de monstruos y de prodigios. Este pues que ahora embaraza nuestra narracion fué opuesto exdiámetro al calvo, al cano, al flemático, al frión planeta Saturno, porque aquel se comió no pocas veces á sus carísimos hijos, y este muchas mas á su venerada madre. Aquel, provocado del miedo ambicioso de no perder el reino, se cebó tirano en la sangre inocente de los que engendraba; este, por el contrario, entorpecido de una gula vilísima y carnífera, no perdonó á las entrañas de madre tan generosa y aun repitió la culpa como el ave infernal de Ticio, pues tantas veces se las royó cuantas le volvieron á renacer, dejando sus plazas, que amanecían abundantísimas y copiosas, con solo dar una vuelta por ellas, desiertas y mendigas. Consumió en este grasiciento y sucio desperdicio un riquísimo patrimonio, de quien solo quiso que fuese el heredero su vientre, dejando á todos los demás miembros huérfanos y desheredados. Apenas la cabeza conoció sombrero, guantes las manos, zapatos los piés. Siempre tuvo su carne muchas ventanas por donde asomarse y aun su juicio andaba no pocas veces asomado. ¡Oh cuántas se vió aquella carne tragona azotada del aire, tostada del sol, humedecida del agua y polvoreada de la tierra! Si creyeses que le bastaban las plazas públicas y comunes, engañáste mucho, porque solia meter á saco las mas célebres y festejadas despensas de la corte. Jamás permitió que ni los príncipes mas poderosos ni los ministros mas reverenciados extrañasen nada nuevo de aquellas cosas que sirven de mantenimiento y deleite; sus dientes desfloraron, conforme á los tiempos, toda fruta verderona, toda cristalina pesca, toda caza fugitiva, porque era su

apetito tan prevenido, tan anterior, que á las frutas vírgenes las acometía en aquella primera rústica aspereza, aun antes de estar maduras, y á la caza y pesca aun antes que tuviese la sazón y disposición conveniente, según las leyes de su naturaleza particular. A sus dientes solos se les reconoció la primacía en poner en lo sumo de la desnudez á un hueso, extrañísimo despojo, porque lo último del rigor con que á uno se desnuda es hasta dejarle en carnes, y este, apurando mas la maldad, no se contentó con menos que con dejar á los huesos en lo último de huesos; los de las frutas todos se los tragaba y engullia; por esta causa le podían haber nacido en el vientre los árboles guindos, cerezos, albarcoques y duraznos, porque mas parecia que sembraba en él frutales, que no que comia frutas; mas pasemos á otras: el melon, la pera, la camuesa y hasta las simplonas habas siempre entraron bien vestidas y arropadas en su estómago, sin quitarles la cáscara ni aun limpiarles el vello, porque no se dijese que lo desnudaba todo. No se libró de su gula voraz y tragona aquel reino ventoso, vocinglero y cristalino; todos sus ciudadanos la experimentaron y temieron, como si dijésemos: El atun grasiciento, tocino goloso del mar Océano, tan solemnizado cuando le pescan de los protopícaros de las Almadras; y aquel nobilísimo hidalgo montañés, con quien se multiplican muchos retratos á la Fortuna cuando le dividen en diferentes ruedas y todas sangrientas, salmon en nombre, que puesto en el gznate de los golosos, será un Salomon para ellos, porque como es la cosa que mas bien les sabe, les parecerá que es la que mas sabe; tambien coronó su mesa el otro, tan defendido de sus espinas como si fuera rosa, sin que la imite ni en lo lucido de la belleza, ni en lo suave del aliento, comida en Madrid en todos tiempos sumamente discreta, porque siempre tiene mas de salado que de sábalo. Mas ¿qué mas podré decir que lo que afirman muchos virtuosos, y aun dicho por muchos y tales parece imposible? Dicen pues que fué un comedor tan infatigable y perseverante, que no conocieron sus dientes mas ocio que

el del sueño; sus despensas portátiles eran las faltriqueras, por eso las traía de cuero, con que venían á ser de cuero dos veces, por el dueño y por la materia. Las calles mas públicas y principales fueron para él tan familiares y domésticas como su propia casa, pues en todas igualmente comia y tragaba sin femenino melindre, sin varonil recato. Cercábale la pueril inocencia, con quien usaba entretenidas liberalidades, siendo mayores las burlas que las dádivas. Peregrinó todos los pueblos de España, sin reservar alguno á quien no hiciese visita particular y molesta, porque estos pasos que él daba no los gobernó su curiosidad, sino su golosina, como si dijésemos, y bástennos pocos ejemplos. Visitó en Pinto á los quesos substanciales, ciegos y desojados, porque el buen queso ha de ser corto de vista; en Zamarramala á las suavísimas mantequillas, mas derretidas que las mas finas portuguesas, porque estas se derriten con la humedad de la boca, y las otras con no menor fuego que aquel invencible y grande del tirano Amor; en Alcalá á las uvas panales, aquellas que en su misma planta nacen conservas golosas; su mismo nombre acredita mi opinion; llamáronlas moscateles, y creo yo que por la solicitud con que las buscan las moscas, gente que en esto de golosinas tiene la primacía del buen gusto. No se contentaba con gozar lo excelente de una comida en una provincia, sino que lo solicitaba en otras, pues fué á Portugal y á Zaragoza á buscar los celebrados quesos de Alentejo y de Tronchon. Otros hombres, si son glotonos, no son golosos, y si golosos, no glotonos; pero este hizo á entrambos vicios, como muchos á entrambas manos. Al fin, su panza fué tan peregrina en el mundo, que él vino á ser peregrino en él por ella; fué peregrino por su continua peregrinacion por la tierra y peregrino por la singularidad del humor, que le obligaba á que peregrinase. Al fin se podrá decir con verdad por este, y con verdad única, que á ninguna jornada de cuantas hizo, que fueron muchas, le llevaron tanto sus piés como sus tripas. No fué mas templado en la bebida ni le debió menos finezas. Hablen las bodegas de Castilla la friona, las de Portugal el derretido, las de los reinos de la nobilísima corona de Aragon y hablen estas con todos sus fueros y con todos sus fieros; hablen, digo, todas y principalmente las últimas; estas podrán decir cuán afectuoso y tierno se entregaba á sus regaladísimas malvasías, pues que pareciéndole que no habia otro bien que se igualase al gran deleite de beberlas, se ofendia de que su nombre empezase en mal, y le mudó en bien, llamándolas bienvasías. Los demás cofrades de la Tragantona y Coladera •

Tantas veces lo aprobaban  
Cuántas veces las probaban.

Por esta causa el vulgo rudo y soberbio, que siempre yerra los títulos de las cosas, le llamó Panza dichosa, siendo mas propios adjetivos para ella el de malvada ó infernal, pues le redujo á tanta miseria, que le obligó á que mendigase de puerta en puerta. Finalmente, aquella que un tiempo pudo competir en hartazgo con la del frenético Eliogáballo, vino á desear los mas duros y mi-

serables mendrugos, y aun no alcanzó tantos como quisiera de aquellos durísimos que se rebelan contra los dientes y sacan sangre de las encías. Su muerte fué en un hospital y su sepulcro en un carnero, que en aquel de quien él comió tanto en vida fué comido despues de muerto. Pudieran quejarse los gusanos de que habiendo comido este hombre por mas de un millon de hombres, no comieron en él mas que un hombre solo, y este llegó tan consumido á su poder, que se presume que se comió él mismo gran parte de sí propio. No es la presuncion vana, porque muchas veces se consumia con el pesar de no tener que comer todo aquello que él quisiera engullir. Mas no os parezca este escandaloso hipóbole, oídme y creedme. Las vigiliás y sudores de mas de veinte antepasados suyos, que por largos siglos no hicieron sino acumular riquezas, las consumió la insensata gula de este miserable bárbaro en menos de siete lustros. Conforme á esto compitíó este en ser tragon implacable con el voracísimo tiempo, porque él solo se traga los siglos y las edades; tal fué, que se comió hasta su sepultura, porque la vendió para este efecto; según esto, podrémos decir, y no temerariamente, que á los gusanos que le habian de comer despues de muerto en su sepulcro, se los comió él vivo para conservarse en vivir; con que fué tan extraño, que reparó su vida con la misma muerte. Adelgacemos mas esta consideración, si no recelamos que de muy delgada se nos quiebre. Tenemos probado que se comió los gusanos de su sepulcro; siendo esto así, supuesto que á él se le comieron despues los gusanos del carnero del hospital donde fué enterrado, no será gran desacato decir que en su carne se comieron unos gusanos á otros y que aquellos del carnero hospitalario anduvieron unos gusanos muy caribes, comiéndose los animales de su mismo género; mas ¿dónde voy ciego? Los gusanos solos de los sepulcros, estos son los verdaderos caribes, pues no saben mantenerse sino de carne humana. Responderánme que también de tierra, y yo replicaré que en tierra y carne humana no diferencian el manjar sino el nombre, porque tierra y carne humana son una misma cosa. Colegirémos pues de esta sentencia que, no solo en la carne de este asqueroso gulon, sino generalmente en la de todos los demás hombres comen los gusanos. Sirva esto de algun desengaño para que enfrenemos nuestros insaciables apetitos, nuestros frenéticos deseos, y últimamente todas nuestras bárbaras sensualidades. Honestísima virtud es la templanza y digna de habitar en generosos y grandes ánimos; corrige y templá todas las inobediencias y libertades de la glotona gula y de la lujuria torpe cortando en una cabeza la de entrambas. El que quisiere ser varon casto, glorioso y difícil conquista, ha de entrar primero por la puerta estrecha y cerrada de la abstinencia, no tan estrecha y cerrada que sea menester mas llave que la de hacer con la continuacion constante algun hábito y costumbre. Las mas copiosas y ostentativas mesas, mientras mas lo son de manjares peregrinos y preciosos, mas lo son de achaques, de dolores, de sueño, de pereza y de abrirle mas puertas á

la muerte con este artificio goloso de las que ella naturalmente se sabe. No son todos los venenos los que nos preparan nuestros enemigos, mas son los que nosotros nos tomamos por nuestra elección, cubiertos con el oro mentido de aquel sensual deleite. Algunos mueren de un bocado que les dan, y muchos mas de muchos bocados que ellos se toman. A mas han muerto los hartazgos que las cicutas. ¿Háse visto soliman más ejecutivo que una apoplejía? Para conservar la vida comemos, y con este propio medio, usando de él desordenadamente, la destruimos. Considera, hombre, esto y no mas: Cuan-to excedieres en la mesa, te lo ha de castigar despues la botica. ¡Oh gran dolor! Si tuviéramos tan presente como es justo la memoria de que la primera entrada de la muerte en este mundo fué por la comida, no tratáramos tanto de huir de ella por la misma puerta por donde entró. Las mismas cosas en que mas nos olvidamos de la muerte son en las que mas debiéramos acordarnos de ella. Come un hombre, y si le preguntais el por qué, dice que per no morir. Y responde mal, que no come sino por entretener el vivir, pues aunque coma no dejará de morir al tiempo que le está su fin decretado, y es tan ciego, que olvidado del origen donde tuvo principio este comer, que fué en el propio morir, como tenemos advertido, no solo come con templanza aquello que le basta para alimentar el vivir, sino con bárbaro desorden aquello que le anticipa el morir, saliendo él propio á ofrecerse al camino á la misma muerte, de quien tiene por infalible que va huyendo. ¿No seria loco furioso

aquel que dándole una espada para que con ella defendiese su vida, se arrojase de pechos sobre su punta y la hiciese instrumento de su muerte? Pues esta bárbara culpa comete el glotonazo con el abuso de los manjares. La gula es uno de los vicios capitales y madre fecundísima de la mayor parte de los demás; con la embriaguez engendra á la soberbia y á la ira, y con ella y la replecion á la torpe lujuria y á la soñolienta pereza. Nuestra madre comun la Naturaleza sabia no puso el deleite en los manjares por fin, sino por medio, que su fin es que nos sustentemos comiendo templadamente, y nosotros, haciendo de este medio principio, medio y fin, lo erramos tanto, que nos destruimos. Roguemos pues al cielo que nos envíe un rayo de su sagrada y liberalísima piedad para que con su luz nos desatemos de las tinieblas de un vicio tan irracional, tan torpe y tan ciego.

Hasta aquí llegaba el discurso de la vida de Panza dichosa, y yo reparé con atencion en la buena doctrina y me acomodé muy bien con ella; ayudé algo á su discurso con varias cosas que á mí se me ofrecieron, que aunque le hicieran mas dilatado, aun no fuera importuno; mas detúveme poco en ellas, porque se me fueron los ojos á otro retrato con honrada codicia. Atendile con ellos mucho, con el juicio mucho mas; y pasando luego á la inscripcion, hallé que decia: *El majadero pulido*. No me pareció que las líneas de su semblante desmentian aquel ridículo renombre; corrí con esto al ingenioso epitome, empecé á leer y su discurso fué este:

## VIDA DEL RIDICULO VARON

Á QUIEN EL PUEBLO DIÓ EL TÍTULO JUSTO DE EL MAJADERO PULIDO Y LIMPIÓN AFECTADO.

PROPÓNESE, OH PIADOSO LECTOR, MAS PARA LA COMPASION QUE PARA LA RISA.

Este que miras y esto que lees á un mismo tiempo ¡oh ingenio curioso! fué la risa comun de los pueblos, gozo y aumento de los mercaderes y sastres. Afectó la limpieza con ridículos melindres, con peregrinos escrupulos; para esto andaba siempre cargado de alhajas limpiotas, siendo mas acémila que hombre ó pareciendo una tienda portátil de lencería. Los lienzos que limpian la cabeza por el conducto de las narices nunca los trajo menos que á docenas; los palillos mondadien-tes á centenares; los paños de manos á pares, y de la misma suerte para los zapatos bayeta, para los vestidos limpiaderas, de que venian bien prevenidos dos pajecillos, ó por decirlo con mas propiedad y gracia, dos buhoneros lampiños que le pisaban la sombra. Siempre bebió en vasijas nuevas, sin que ninguna repitiese sus labios, porque vasija estrenada decia que la tenia por sospechosa de que hubiese llegado á ella el contacto

civil de los siervos de la familia y la dejase, si no inficionada, menos limpia. Enjuagábase la boca y lavábase las manos aun en medio de las calles públicas, y esto tantas veces cuantas encontraba con alguna fuente de las muchas que son adorno y provision de esta nobilísima corte. Por no ensuciar los dientes y muelas no mordía ni mascaba, sino engullía; tanto quiso purificarlos, que molestados de la continua persecucion del hierro y del lienzo, los vió caducar en medio de su florida juventud; y decia muy lastimado y lloroso ¡oh lágrimas mentecatas! que quisiera tener dos pares para remudarlos, quitando los sucios y sustituyendo en su lugar los limpios. Mas atrevámonos algo mas al piélagos profundo de sus afectaciones fantásticas: de toda risada estupenda y escandalosa es digna la narracion que nos espera. Dícese que trayéndole un día un criado para que le recibiese, como le preguntase de dónde era, y el otro le respon-

diese que de la Mancha, al instante rasgó los aires con una voz tiple, afectada, mujeril y hazañera y cayó desmayado. Volvió en sí despues de largo tiempo á fuerza de algunas diligencias medicinales y mandó que le trajesen otro vestido, porque el que tenia puesto se le habia manchado aquel hombre, á quien, no solo quiso recibir, pero ni aun abrir los ojos para verle, porque no le manchase la vista. Prosigamos pues con la relacion de las culpas del proceso de este majadero magnífico. A las lavanderas llamaba mujeres líquidas, potables, cristalinas y transparentes, colegas canoras de las nin-fas, festin y sarao de las corrientes brilladoras, y por el contrario, á las mondongueras ministros del baratillo civil y asqueroso, contra la hambre picaña y grasienta de todo esportillero corito, de todo aguador gabacho, gente tripona, panzada y rastrea, y al fin condenada y precita. Decia que sus ollas eran cazoletas del infierno y perfumes bien dignos de aquellos palacios abumados y tenebrosos. Prevíose muy apriesa de todo aquello que llamamos testamento y codicilo, no tanto con atencion cristiana y prudente, cuanto con afectada y ridícula impertinencia. Vióse en lo que ordenó en ellos, que fué que no acompañasen su entierro ni los muchachos doctrinarios ni los desamparados, porque los mas de estos suelen tener sarna y temia que aun despues de muerto se la pegasen. Tuvo siempre mortal odio á los médicos y boticarios; á los segundos por las jeringas, á quien llamaba alevés, facinerosas, sodomitas y nefandas; y á los primeros porque consultaban con los ojos y con las narices á los servidores enfermizos y á los dolientes orinales. Con grande injuria de su salud y conocido riesgo de su vida, jamás quiso purgarse en toda ella, y preguntada la razon, como si la pudiera dar quien jamás la tuvo, respondia sin darla, dejándola mas ininteligible, cerrada y confusa; respondia al fin con mas melindre que pudiera doña Melisendra en Sansueña, que por no repetir tantas veces en un día aquella miseria humana. Jamás retrocedió aquella cabeza vacía y ventosa, ¡ved qué gentiles calidades! por cualquiera de ellas pudiera ser adjudicada á una barbaría. Digo pues que jamás retrocedió sin que la acompañase todo el cuerpo, porque afirmaba, ridícula y pueril menudencia, que cabezas torcidas solo eran buenas para candiles y que por esto temia ver la suya nadando en aceite, que era lo mismo que naufragar en un océano de manchas. Estaba muy bien con los carros y escobones de la limpieza callejera y trotona, y llamábalos barberos útiles, curiosos y elegantes de las calles mas nobles, mas ilustres y mas públicas, porque las afeitaban y pulian. Si alguna vez encontraba con ellos al tiempo que suelen venir impeliendo un gran torrente de lodo rebalsado y detenido, corria, como el ciervo cuando acaba de darse un grande hartazgo de culebras, al agua de la primer fuente y se lavaba muchas veces los ojos, y hasta haber hecho esta impertinentísima diligencia á nadie queria mirar con ellos, aseverando que los traia llenos de serpientes, de víboras y de alacranes, y que no era bien que con tan malvado veneno quitase la

vida á las irracionales criaturas. Aquellos dias de los hartazgos, aquellos, digo, glotonos y engullidores de las profanísimas Carnestolendas, cuando la insolencia fregonil y estropajosa vierte diluvios de agua sospechosa y espesa, de aquella con que se suelen enjuagar los presidentes murciélagos y nocturnos, decia que los señores jueces de la limpieza le habian dado su casa por cárcel; mas tan limpio era, tanto, tanto, que se salió de un cuarto de mucha y muy acomodada vivienda que le alquilaron sus criados y perdió con mucho gusto el dinero que dieron adelantado, porque supo que su dueño era confeso. Bajóse al rio humilde, al cristal modesto y nada guerrero del serrano Manzanares con su familia y alhajas, ella asustada y ellas casi arrastradas; bañáronse las personas, y sin tener atencion á su costa ni respeto á su curiosidad, hizo que se lavasen sus vestidos; mandó jabonar los bufetes, las mesas, los escritorios, las colgaduras y tapicerías y últimamente los clavos que las habian suspendido. Pasaron por esta rigurosa expurgacion los perros y los gatos, y hasta aquella ave graciosamente parlera y mas graciosamente pintada sintió sobre el abril indiano de sus plumas floridas las corrientes mantuanas del carpentano Manzanares. Sonó por la corte el caso, dió un gran grito por el mundo esta singular hazaña limpiota y frenética, y esta le granjeó con el pueblo el título justificado del Majadero pulido y limpión afectado y aun le quedó á deber mucho. Quien quisiera saber mas hazañas de este menguado caballero lea los anales de las historias volátiles de las moscas importunas y caseras, que ellas le cuentan en el número de los mosquicidas, de aquellos mas crueles tiranos que las han perseguido y le dan el lugar primero. Encerrábase los veranos á matarlas; mas ya esta culpa habia sido cometida muchos siglos antes por alguno de aquellos grandes Césares que mandaron el orbe, pero no por esto menos ridícula ni mas disculpada. De estas aves fué cazador vigilantísimo y al fin un coco, una estantigua, un espantajo de todos los vasallos del gran duque de Moscovia. Afirmase que fué la patria de este varon moscatel la fidelísima ciudad de Zaragoza, ciudad verdaderamente insigne entre las mas ilustres de España, no tanto por lo curioso y magnífico de sus admirables edificios como por lo perseverante y prudente de su cristiano y político gobierno. Nacer entre tantos varones sabios uno necio debió de ser para que sirviese de lo que el lunar en el rostro de una dama hermosa. La planta mas fina y tersa no sale de las entrañas de la tierra sin alguna escoria, y las consonancias artificiosas de la música mas perfecta se suelen hacer tal vez mas agradables por alguna disonancia; demás de que si la variedad, así le quieren algunos grandes juicios, es la mayor hermosura del universo, tambien, regulado con proporcion, lo será de una ciudad populosa.

Mas volvamos al asunto de nuestra pluma. Fué este caballero en su comer muy templado; la carne comia pocas veces y poca; siempre comió asado, y esto tan seco y enjuto, que le habia lamido antes el fuego lo mas precioso de su virtud y sustancia, y aun con estar así,